

LOS ENCANTADORES EN LA SEGUNDA PARTE DEL *QUIJOTE*

CECILIA LÓPEZ RIDAURA

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES, UNIDAD MORELIA, UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO (MORELIA, MICHOACÁN, MÉXICO)

Profesora titular A de tiempo completo. Editora

clopez@enesmorelia.unam.mx

Resumen: Los encantadores, hechiceros, magos –amigos o enemigos–, aparecen constantemente en la novela de Miguel de Cervantes, pero su papel va más allá de la del simple personaje: sobre todo en la segunda parte de la novela, publicada en 1615, son los encantadores los que, por arte de magia, comunican los distintos niveles diegéticos, creando la construcción en abismo que fascinó a grandes escritores del siglo XX.

Palabras clave: Encantador. Mago. Realidad. Ficción. Ilusión. Diégesis. Metadiégesis.

Abstract: The enchanters, sorcerers, magicians –friends or foes–, constantly appear in the novel by Miguel de Cervantes, but its role goes beyond the simple character: especially in the second part of the novel, published in 1615, are the enchanters who magically communicate the different narrative levels, creating the *mise en abîme* that fascinated great writers of the 20th century.

Key-words: Enchanters. Magician. Reality. Fiction. Illusion. Diegesis. Metadiegesis.

1. INTRODUCCIÓN

Sueña Alonso Quijano

El hombre se despierta de un incierto
sueño de alfanjes y de campo llano
y se toca la barba con la mano
y se pregunta si está herido o muerto.
¿No lo perseguirán los hechiceros
que han jurado su mal bajo la luna?
Nada. Apenas el frío. Apenas una
dolencia de sus años postrimeros.
El hidalgo fue un sueño de Cervantes
y don Quijote un sueño del hidalgo.
El doble sueño los confunde y algo
está pasando que pasó mucho antes,
Quijano duerme y sueña. Una batalla:
los mares de Lepanto y la metralla.

Jorge Luis Borges

Don Quijote está loco, pero no es tonto: todo lo que sucede a su alrededor, lógico o no, requiere de una explicación. Como buen católico, podría atribuirle todo a la voluntad de Dios y a los milagros, pero cómo explicar entonces –y cómo decirlo– sus derrotas, sus apaleamientos, las adversidades sobrenaturales a las que tiene que enfrentarse. Afortunadamente, dentro de su mundo están los encantadores que, aunque, como Dios, son omniscientes –o casi– y poderosos, son sin embargo vencibles, múltiples y pueden ser amigos o enemigos, ayudar o estorbar en la ejecución de las empresas de los caballeros. Observa Alfred Schütz que en el sub-universo conformado por el mundo de la caballería de don Quijote, los encantadores son los encargados de modificar la interpretación de la realidad (1955: 315):

Así pues la función de los encantadores es precisamente la de garantizar la coexistencia y compatibilidad de varios subuniversos de significaciones referidas a las mismas cosas y de asegurar la persistencia de la dimensión de realidad otorgada a cualquiera de dichos subuniversos. Nada permanece inexplicado, paradójico o contradictorio, tan pronto como las actividades de los encantadores se reconocen como elemento constitutivo del mundo. Pero, para Don Quijote, la existencia de encantadores es mucho más que una mera hipótesis. Es un hecho histórico probado por las fuentes de todos los libros sagrados que tratan asuntos de caballería (Schütz, 1955: 316).

En el mundo de don Quijote, los encantadores tienen un papel preponderante: sin ellos no existiría el *Quijote*. Dice Agustín Basave, siguiendo la reflexión de Schütz:

Aunque piense como cuerdo –y muy inteligentemente, por cierto–, Don Quijote obra como loco, porque se sustenta en una metafísica peculiar: realidad aparente y tornadiza, producida por los encantadores; y una subrealidad que solo él advierte. Sobrepuesta a la realidad tangible, pero articulada con ella, está el hemisferio de fantasía, con una dimensión de realidad, o de subrealidad, por lo menos. Subrealidad quijotesca que está caracterizada por peculiares modificaciones al espacio, al tiempo y a la causalidad. Don Quijote defiende su mundo de los embates del mundo objetivo, acudiendo al expediente de lo mágico. Los encantadores transmutan la realidad circundante. Esta incrustación de fantasía la esgrime el caballero con férrea dialéctica. Lo lógico queda, en esta forma, al servicio de lo ilógico. Su mundo de fantasía no es, para él, una mera hipótesis, sino un hecho histórico probado –irrefutablemente– por las fuentes de todos los libros –casi sagrados– de caballerías andantescas. La cosmovisión cervantina está integrada por un mundo trino: estrato de lo real, esfera de lo fantástico y hemisferio de los ideales (Basave, 1959: 17).

Encantadores, magos, hechiceros están presentes a todo lo largo –de los capítulos– y ancho –los distintos niveles diegéticos– de las dos partes que constituyen la novela de Miguel de Cervantes: para don Quijote, hay encantadores en la “realidad” en que viven él y Sancho, pero también existen en el nivel de la ficción/historia de los libros que leía y que pertenecen al discurso de los caballeros andantes. Por otro lado, también hay encantadores en un nivel superior: en el del “primer autor”. Y quizá incluso más arriba: en el de la realidad histórica del escritor y de nosotros sus lectores –encantados durante 400 años con sus aventuras– porque ¿de qué otra manera se podía justificar que un personaje ficticio –don Álvaro Tarfe– de un libro, no por apócrifo menos real, contemporáneo a este de Cervantes, se encuentre a don Quijote “el bueno”, el auténtico, en un mesón (Cervantes, 1615, II, 72: 576).¹¹ Parece cosa de encantamiento, incluso para nosotros, lectores de Borges, Cortázar o Unamuno.

Aunque desde la primera parte hay muchos ejemplos de estructura abismada,²² es en la segunda parte donde este recurso se dispara hacia arriba, hacia el libro publicado en 1605 y su difusión en la realidad histórica de Cervantes. La segunda parte, no es una continuación de las aventuras del personaje de la primera parte: su punto de partida, como dice Murillo, es la fama que los personajes tienen por el éxito del libro que Cervantes incorpora ahora a la ficción:

En la tercera salida don Quijote se encuentra con su fama en el mundo histórico, es decir en el mundo y la realidad en que Cervantes vive, escribe y fantasea. [...] El movimiento narrativo del libro continuador tenía que ser distinto, ya que obraba sobre el de 1605 y lo utilizaba como punto de partida (algo semejante a la posición que ocupan los libros de caballerías en la primera parte) (Murillo, 1978, II: 10).

En esta confluencia entre los niveles diéuticos están los encantadores; si por un lado ellos son los productores de esa realidad aparente y tornadiza de don Quijote de la que habla Basave, por otro son también quienes enlazan y mezclan estas diferentes realidades presentes en el *Quijote*: son los que abisman, con su arte, la narración.

1 Las citas al texto –año de la primera edición (1605 o 1615), tomo, capítulo, página– corresponden a la edición de Luis Andrés Murillo, publicada por Editorial Castalia (Clásicos Castalia, 77 y 78) en 1978 (quinta edición) en 2 tomos.

2 Entendiendo estructura abismada como “un traslape de los niveles de la diégesis y la metadiégesis” cuya “intención lúdica es el factor que renueva esta antiquísima figura [...] al ofrecer sorpresivamente la convergencia de la intriga diegética y la metadiegetica, haciendo que se junten a veces en un espacio que el lector siente como suyo propio, el de la cotidianidad extraliteraria” (Beristáin, 1985: 1).

Este trabajo tratará de definir qué y quiénes son los encantadores, qué hacen y, en particular, el papel que juegan en la estructura abismada de la narración, principalmente dentro de la segunda parte del *Ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*.

2. ENCANTADORES ¿QUIÉNES SON Y QUÉ HACEN?

Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* define a los encantadores como “maléficos,³ hechiceros, magos, nigrománticos: aunque estos nombres son diferentes por diferentes razones se confunden unos con otros” (Covarrubias, 1611: 467) para luego agregar que se trata de “gente perdida y endiablada”. En las entradas correspondientes se puede ver “Maléfico. El hechicero” (Ibíd.: 729); “Hechizar. *Cierto género de encantación con que ligan a la persona hechizada de modo que le pervierten el juicio...*” (Ibíd.: 624); “Mago. Esta palabra es pérsica y vale tanto como *sabio* o filósofo [...]. 2. Se llaman magos los que por arte mágica, ayudados del demonio, permitiéndolo Dios, *hacen algunas cosas que parece exceder a la ordinario de la naturaleza*. Tales fueron los magos de Faraón, y son todos los que usan el arte mágica, condenada y reprobada” (Ibíd.: 728); “Nigromancia. Arte de adivinar invocando los muertos” (Ibíd.: 778). De ‘Encantamientos’ dice que son “las *apariencias que nos representan los encantadores* o el arte de encantar” (Ibíd.: 466). A su vez, el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española dice para ‘Encantar’: “Executar alguna *cosa preternatural, valiendose por lo regular ilicitamente de palabras*,⁴ ù de otras cosas juntamente con las palabras, para fingir como real y verdadero lo que no lo es, ni hai ò para maleficar y hacer otras semejantes maldades. Es tomado del latino *Incantare*” (Aut., 1732: 430). En la entrada de ‘Encantador’ dice, “El hombre ò muger que hace encantos, valiendose de medios y artificios prohibidos y *mágicos*” (Ídem) agregando que, metafóricamente, “vale el que embelesa y atrae con *apariencias y engaños deslumbrando la razón*” (Ídem). De ‘Encantamento o Encantamiento’ dice que es: “El *objeto ò apariencia, que por arte mágica se pone a la vista, ò se hace para fingir y manifestar como real y existente lo que en si no es*. Dicese tambien Encantacion y Encanto” (Ídem). Ya se puede inferir de estas definiciones, las de Covarrubias más cercanas al tiempo de Cervantes, que el encantador y los encantamientos están relacionados con el engaño, con las apariencias, con lo

3 Los destacados son míos.

4 Lo resalto porque será justo con palabras que se produce el encantamiento realizado por Sancho.

sobrenatural, con la maldad, con lo ilícito y con hacer pasar por realidad lo que no lo es; es decir, con la ficción. No deja de llamar la atención que en ninguna de las definiciones aportadas se ponga en duda la existencia de los encantadores. No es de extrañar entonces que todos los personajes crean en ellos, a pesar de que muchas veces sean ellos mismos los inventores del encantamiento.

A partir de las palabras de don Quijote y del texto en general, podemos afinar estas definiciones: así, sabemos que son más bien ambivalentes: hay buenos y malos, amigos y enemigos. Entre los adjetivos negativos que se les atribuyen están: malintencionados, verdugos, malos, malandrines, perversos, maliciosos, malignos, enemigos mortales, perseguidores, crueles, aciagos, pésimos, son casi tan envidiosos como invidiosos, pueden ser además gigantes como en el caso de Malambruno, o grandes en el sentido superlativo de *muy*: “grande enemigo” (Cervantes, 1605, I, 7: 124), transformadores, capaces de tomar la figura de otro, son hurtadores de princesas, y se mal quistan, tienen ojeriza y hacen malas burlas.

De positivo, los encantadores tienen que pueden ser también amigos, sabios, discretos, médicos, antiguos, imperiosos, también grandes pero ahora en el sentido de *poderoso* “grande encantador” (Cervantes, 1605, I, 5: 107), “muy listos y demasiadamente curiosos” (Cervantes, 1615, II, 33: 302), cristianos como Malambruno (Ibíd., II, 41: 346), tienen a su cargo las cosas de los caballeros como ángeles de la guarda y son autores de libros de caballerías.

Estos seres sobrenaturales, capaces de transformarse y transformar personas, objetos y la realidad misma, con sus cualidades y defectos, son un tópico recurrente en los libros de caballerías:

El oficio del caballero se puede ver favorecido o entorpecido por la magia, practicada por hombres y mujeres identificados como encantadores, sabios o magos. Con ellos se da entrada en estos libros a la maravilla, a un mundo fabuloso y de ensueño donde todo puede suceder. Estos seres metamorfosean su propia figura y se presentan bajo un aspecto cambiante, profetizan el futuro, viajan en inverosímiles naves voladoras, acuáticas o terrestres, confeccionan bebedizos, portan objetos mágicos y realizan toda suerte encantamientos. Indistintamente pueden convertirse en auxiliares o antagonistas de los héroes caballerescos, manteniendo con ellos vínculos de estrecha amistad y agradecimiento o de odio y persecución (Marín Pina, 1998: 4).

Podemos decir que los encantadores habitan, pues, entre la realidad y la fantasía, entre Dios y el hombre, entre las ideas y los objetos, entre la tierra y el infierno, entre las burlas y las veras, en el aire, en las páginas de los libros de caballerías, y en el juicio perdido de los hidalgos manchegos.

3. ENCANTADORES EN EL MUNDO DE DON QUIJOTE

3.1. Del *Quijote* hacia adentro

En el mundo “real” en el que se mueve don Quijote, en el que viven Sancho, el cura, el barbero y el bachiller, en el que se desesperan la sobrina y el ama, en el que brincan las feas labradoras, en el que se aburren los duques; el de molinos de viento y ventas en los caminos, nunca aparece “verdaderamente” un encantador; pero ellos, que como los demonios no duermen, salen de los libros de caballerías, entran a la imaginación de don Quijote y salen por su discurso para invadir la novela entera.

De esta manera, no solo se habla de ellos todo el tiempo, sino que a partir del décimo capítulo el encantamiento será un tema recurrente de la segunda parte del *Ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. “Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos”, es el título de este importante capítulo. La industria de la que habla consiste en la transformación de la sin par Dulcinea en una labradora y esta transformación la hace a través de la palabra: con lo que Sancho le dice y asegura a don Quijote aprovechándose de su ya conocido imaginario. He aquí la estrategia que planea Sancho:

–Ahora bien: todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: “Dime con quién andas, decirte he quién eres”, y el otro de “No con quien naces, sino con quien paces”. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar, y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere. Quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez a semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas, o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura, por hacerle mal y daño (Cervantes, 1615, II, 10: 106-107).

Este soliloquio sirve, además, para hacer una recapitulación del tipo de locura de don Quijote y los episodios principales del libro de 1605, en el que tiene sus antecedentes la mentira de Sancho y que surge, a su vez, de la “máquina” que el cura tracista Pero Pérez ideó para sacar a don Quijote de su retiro amoroso en Sierra Morena (Cervantes, 1605, I, 27: 328).

Don Quijote, que poco antes reconoció que nunca había visto a Dulcinea, que está “enamorado de oídas” (Cervantes, 1615, II, 9: 101), a pesar de su locura le cuesta creer que Sancho realmente haya encontrado a Dulcinea:

–¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? –dijo don Quijote–. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

–¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced –respondió Sancho–, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa, nuestra ama, vestida y adornada; en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver (Cervantes, 1615, II, 10: 108).

Don Quijote, que hasta este momento era el que veía diferente la realidad, el que la transformaba con su locura, ve que ahora es la realidad la que se transforma sola: “–Yo no veo, Sancho –dijo don Quijote–, sino a tres labradoras sobre tres borricos” (Ibíd.: 109). Y entonces, cuando el mundo parece que va a caerle encima con toda su realidad:

A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios (Ibíd.: 110),

vienen los encantadores a salvar la situación:

–Levántate, Sancho –dijo a este punto don Quijote–; que ya veo que la Fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora (Ibíd.: 110-111).

Dice Basave que: “Para mantener la dimensión de realidad de su mundo, Don Quijote recurre al hecho del encantamiento, como obra de su archienemigo el mago Frestón,⁵ siempre que choca con la realidad primordial” (Basave, 1959: 88).

Si bien en el párrafo citado, don Quijote no está seguro de si son sus ojos (su mirada) los que están encantados y que solo para él las cosas son diferentes –como sucedía en la primera parte– o es la realidad la que se transformó, curiosamente, se decide por esta última opción:

–Sancho, ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores? Y mira hasta dónde se estiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma (1615, II, 10: 111-112).

Sancho, que originalmente tenía razones muy serias para encantar a Dulcinea: evitar la furia de su amo; ya hecha la burla, no tiene reparos en continuarla:

–¡Oh canalla! –gritó a esta sazón Sancho–. ¡Oh encantadores aciagos y malintencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo y, finalmente, todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor; que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de más de un palmo.

–A ese lunar –dijo don Quijote–, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

–Pues yo sé decir a vuestra merced –respondió Sancho– que le parecían allí como nacidos (Ibíd.: 112-113).

5 “Fristón se llamaba el sabio encantador y supuesto autor del libro *Don Belianís de Grecia*” (Murrillo, 1978: I, 9, nota 6). A este encantador lo adopta don Quijote como “grande enemigo” suyo (Cervantes, 1605, I, 9: 124).

La descripción del lunar peludo se contraponen a la afirmación de Sancho de que él solo vio hermosura en Dulcinea, insistiendo así que es solo don Quijote quien ve la realidad transformada por el encantamiento.

Don Quijote no se percata de que el encantador de Dulcinea es Sancho, a pesar de que él mismo lo confiesa. Si, como muchos de los personajes de la segunda parte, don Quijote hubiera leído el libro con su historia –particularmente el capítulo 26–, habría sabido que, cuando Sancho dijo: “–No se atenga a eso, señor [...]; porque le hago saber que también fue de oídas la vista y la respuesta que le truje; porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo” (Cervantes, 1615, II, 9: 101), estaba diciendo exactamente la verdad. Pero, entonces, no habría segunda parte.

Dice Francisco Rico que: “El choque entre realidad e ilusión verbal en la presentación que Sancho hace de Dulcinea ha motivado que este capítulo haya solido considerarse esencial para la evolución de la novela y para la visión de la figura de Dulcinea” (Rico, 1998, II, 10: nota 1).

En adelante, al caballero le sucederán más aventuras de encantamiento, similares a las de la primera parte –los molinos de viento y los ejércitos de carneros–, pero con una enorme diferencia: ahora los asuntos de encantamiento tienen como prueba de que son “reales y verdaderos” el encantamiento de Dulcinea. Así, en la aventura con el Caballero de los Espejos, cuando al vencer a los enemigos ve que se parecen al bachiller Sansón Carrasco y al labrador Tomé Cesimal, compadre de Sancho, don Quijote no tiene dudas:

–Todo es artificio y traza –respondió don Quijote– de los malignos magos que me persiguen; los cuales, anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mía. Para prueba de lo cual ya sabes, ¡oh Sancho!, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea a los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos días que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y más, que el perverso encantador que se atrevió a hacer una transformación tan mala no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero, con todo esto, me consuelo; porque, en fin, en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo (Cervantes, 1615, II, 16: 148-149).

A lo que Sancho no tiene más remedio que contestar: “–Dios sabe la verdad de todo” (Ibíd.: 149).

Don Quijote usará la irrefutable prueba del encantamiento de Dulcinea en muchas ocasiones como en la aventura del barco encantado:

–Calla, Sancho –dijo don Quijote–; que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de en uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas (Cervantes, 1615, II, 29: 265).

Y aun más importante, en el capítulo 23, en la aventura de la cueva de Montesinos, donde, pensando cómo bajar, se queda dormido en una saliente y de pronto se despierta:

Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora (1615, II, 23: 212).

Don Quijote recurre al tacto y a la razón para convencerse de que sigue siendo él mismo, que no está transformado. Convencido de que está despierto, ve entonces un palacio que parece de cristal y que de él sale un anciano que va hacia él, lo abraza y le dice:

Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre (Ídem).

Al encontrarse con Montesinos, don Quijote le pregunta si es verdad lo que “en el mundo de acá arriba⁶ se contaba” (Ídem) sobre él. El anciano corrobora la historia, si bien desmintiendo algún detalle, y lleva a don Quijote a ver el cadáver viviente de Durandarte. Ahí le explica que, a pesar de que él mismo le sacó

⁶ Es decir, en el que lo están esperando Sancho y el primo, pero no es así, estas leyendas son de otro nivel: el de las leyendas artúricas y carolingias recreadas en el romancero medieval castellano; es decir, que ese mundo de “arriba” es el de la locura de don Quijote: ficción dentro de la ficción (Cf. Murillo, 1978: II, 23: nota 8).

el corazón a su amigo por órdenes suyas para entregárselo a Belerma, está ahora recostado quejándose y suspirando y hasta recitando romances. Montesinos asegura que:

tiénele aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. (Ibíd.: 214)

Montesinos le cuenta al cadáver de Durandarte que todos están encantados desde hace mucho tiempo: “y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto nadie”, pero que a la dueña Ruidera y siete de sus hijas y dos sobrinas, como lloraban mucho, Merlín las convirtió en ríos: “que ahora, en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las lagunas de Ruidera” (Ibíd.: 216). Montesinos dice que todo esto se lo ha contado muchas veces a Durandarte, pero cómo este no responde, no sabe si es que no lo oye o que no le cree. Pero ahora tiene algo nuevo que decirle:

Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio a vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y veréislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.

Durandarte no parece emocionarse y luego de decir indiferente “paciencia y barajar”, se encierra de nuevo en su mutismo. En eso se aparece una procesión de mujeres y al final una mujer: “cejjunta y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras” (Ibíd.: 217-218). Este adefesio era Belerma. Montesinos explica que no es tan hermosa como debería por culpa del largo encierro y del encantamiento. Don Quijote ya sabe lo que los encantamientos hacen a la belleza de las mujeres.

Cuando el primo del licenciado que había guiado a don Quijote y a Sancho hasta la cueva de Montesinos le pregunta que cómo pueden haberle pasado tantas cosas en la hora que estuvo en la cueva, don Quijote se sorprende y dice que para él fueron tres días:

–Verdad debe de decir mi señor –dijo Sancho–, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que a nosotros nos parece un hora debe de parecer allá tres días con sus noches (Ibíd.: 219).

Cuando don Quijote le dice a Sancho que mientras estuvo en la cueva no comió ni durmió, como el resto de los encantados, Sancho dice:

–Aquí encaja bien el refrán –dijo Sancho– de “dime con quién andas: decirte he quién eres”. Ándase vuestra merced con encantados ayunos y vigilantes: mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, *si le creo cosa alguna*.

–¿Cómo no? –dijo el primo–. Pues ¿había de mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer e imaginar tanto millón de mentiras?

–Yo no creo que mi señor miente –respondió Sancho.

–Si no, ¿qué crees? –le preguntó don Quijote.

–Creo –respondió Sancho– que aquel Merlín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y comunicado allá bajo le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado y todo aquello que por contar le queda.

–Todo eso pudiera ser, Sancho –replicó don Quijote–, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero *¿qué dirás cuando te diga yo ahora como*, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos, las cuales despacio y a sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar, *me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos a la salida del Toboso?* Pregunté a Montesinos si las conocía; respondiome que no, pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, *que pocos días había que en aquellos prados habían parecido*, y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y estrañas figuras [...].

Cuando Sancho Panza oyó decir esto a su amo, pensó perder el juicio o morir de risa; que como *él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio*, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto. [...]

–Como te conozco, Sancho –respondió don Quijote–, no hago caso de tus palabras.

–*Ni yo tampoco de las de vuestra merced* –replicó Sancho–, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo o en qué conoció a la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo y qué le respondió?

–Conocíla –respondió don Quijote– *en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste*. Hábléla, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas y se fue huyendo con tanta prisa, que no la alcanzara una jara [...] (Cervantes, 1615, II, 23: 219-221).

En este largo pasaje onírico que describe Cervantes, confluyen la metadiégesis: la narración de don Quijote –narrador intradieгético– y la diégesis o narración primaria –la narrada por Cervantes, narrador extradieгético (casi siempre) del *Quijote*–. El encantamiento realizado por Sancho en su nivel de realidad, pasa al nivel del discurso de don Quijote y de ahí, cuando los duques se enteran, los hechos relatados pasarán a formar parte del nivel de la narración en primer grado, creando la construcción abismada. Además, entre uno y otro nivel hay una anisocronía, un desfase temporal natural entre la historia relatada y el discurso que da cuenta de ella (Beristáin, 1985: 51), o entre el relato dentro del relato, pero no entre dos supuestos “hechos reales”, por lo que se atribuye al encantamiento.

La aventura en la Cueva de Montesinos tiene otra consecuencia para el resto de la historia: don Quijote empieza a dudar si lo que él cree que pasó, pasó en realidad; lo que hace que se aferre cada vez con más convicción al encantamiento de Dulcinea, único evento que no sale de él mismo. Así, el ánimo del caballero está abonado para lo que los encantadores le tienen deparado en el palacio de los duques, donde don Quijote se ve tratado como imaginaba: “–¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!” y, consciente de que ya no es solo su imaginación,

[...] se admiraba don Quijote; y aquel fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos (Cervantes, 1615, II, 31: 274).

Pero los duques, que conocen bien el libro de 1605 y por las pláticas que sostienen con el caballero y el escudero están al tanto de lo que ha pasado en la tercera salida hasta ese momento, retomarán tanto el falso encantamiento de Dulcinea como los hechos relatados por don Quijote sobre la cueva de Montesinos para burlarse de ambos en otro de los recursos más utilizados por Cervantes en esta segunda parte: la del burlador burlado (Murillo, 1978: 12). Son personajes ficticios que utilizan la ficción de la que son parte para realizar otra ficción, esta vez más cercana a la representación teatral que al relato literario:

Grande era el gusto que recibían el duque y la duquesa de la conversación de don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que don Quijote ya les había contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa. Pero de lo que más la duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido a creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio. Y, así, habiendo dado orden a sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí a seis días le llevaron a caza de montería, con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado (Cervantes, 1615, II, 34: 304).

Y, como cosa de magia, en el palacio de los duques se harán realidad todas las fantasías de don Quijote y Sancho: enfrentarán encantadores de carne y hueso, salidos directamente de los libros de caballerías: Lirgandeo, Alquife, Arcalaus y Merlín desfilarán ante sus ojos. Desencantarán a las menesterosas dueñas barbudas, gobernarán ínsulas, vengarán el honor de una doncella, viajarán por los cielos en un caballo mágico, los solicitarán de amores las hermosas doncellas, les darán la fórmula de desencantar a Dulcinea; todas las buscadas aventuras parecen para ellos reservadas.

4. AUTORES ENCANTADORES

4.1. Del *Quijote* hacia afuera

La estructura abismada presente en las dos partes del *Quijote*, no se limita, como se mostró, a la confluencia del mundo imaginario y caballeresco de don Quijote, con el mundo ficticio de Sancho y el resto de los personajes. También y sobre todo en la segunda parte, hay una escalada entre este nivel y uno superior: el del autor. Dice Agustín Basave siguiendo a Thomas Mann:

Don Quijote y su escudero salen (es esta segunda parte) de la esfera real a que pertenecían, de la novela en que han vivido. Andan como realidades potenciales por un mundo que, como ellos, representa un grado más elevado de realidad en comparación con su mundo anterior, a pesar de que éste también era un mundo imaginario, una evocación ilusoria de un pasado ficticio, así que Sancho se permite la broma de decir a la duquesa [...]. “Y aquel escudero suyo que anda o debe andar en la tal historia, a quien llaman Sancho Panza, soy yo si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir que me trocaron en la estampa” Cervantes llega hasta insertar

una figura sacada de la falsa y detestada continuación para que “esta figura se con-venza de que el Quijote con que estaba unido en ella no pudo ser el verdadero”.⁷ (Basave, 1959: 225-226).

Así como el mundo imaginario de don Quijote invade poco a poco el mundo ficticio del *Quijote*, también la realidad histórica, la de Cervantes, en la que las aventuras impresas de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* llevaba diez años circulando, invade a la novela. Un libro contiene al otro.

Pero de la misma manera como la historia de don Quijote forma parte de la ficción que es la historia de don Quijote, el mismo personaje es una invención de otro personaje ficticio que está a su mismo nivel: el hidalgo manchego lector de libros de caballerías:

Don Quijote no se hace caballero andante por creación de la nada. En la forma primaria y concreta de ser Alonso Quijano, ya había un proyecto vital de ser un caballero “desfacedor de entuertos” y protector de los desvalidos. Si suprimimos los que de anacrónico pueda haber en la andantesca caballería del hidalgo manchego –imputable a su locura– queda, no obstante, un mínimo esquema radical en el que es posible descubrir a la persona de Alonso Quijano como irrenunciable autor. Porque hasta una monomanía, como la de Don Quijote, se levanta sobre la base de una vocación. Alonso Quijano imaginó por su propia cuenta, al leer los libros de caballería, una figura de vida, un personaje, que emergía de su mismidad (Basave, 1959: 260).

La figura del encantador también participa en este segundo cambio de nivel. Desde la primera parte, en la primera salida, don Quijote apostrofa al autor que escribirá sus aventuras –aparentemente en un futuro muy lejano–, refiriéndose desde ese momento a él como “sabio encantador”, al que le sugiere como relatar su propia historia:

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

–¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote

7 Mann, Thomas (1943): Cervantes, Goethe, Freud. Buenos Aires, Losada: 45-46 (Citado por Basave, 1959: 225-226).

de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel”.

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

–Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras (Cervantes, 1605, I, 2: 80-81).

Es frecuente en los libros de caballerías que se pretenda que el autor de la historia es un personaje, que a veces es también un encantador amigo o enemigo del caballero protagonista. Hay varios ejemplos de autores-personaje: el árabe Xarton que escribió *El Caballero de la Cruz*; el mago Fristón escribió en griego el original de *Don Belianís de Grecia*; el sabio encantador Galtenor escribió una parte del *Espejo de Príncipes y Caballeros* y se le atribuye la recopilación de *La crónica del Caballero Platir*, entre otros (Murillo, 1978: I, 9: 140-141, notas 8 y 9).

Pero, si para don Quijote todos estos caballeros andantes, los Belianises, Amadis, etcétera, eran personajes reales, cuyas aventuras llegaban impresas a sus manos, escritas por cronistas que “no solo escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos” (Cervantes, 1605, I, 98: 140) como dice el narrador, es lógico que piense que los que escribieron sus aventuras eran necesariamente encantadores.

Los encantadores, entonces, además de tener sus caballeros protegidos o ser sus antagonistas, también son sus autores, cabe decir sus inventores, aunque no tenían este sentido: siempre se suponía que estos escritores eran en realidad cronistas que se limitaban relatar minuciosamente las aventuras “reales” de un “caballero real”.

Así, en la segunda parte, don Quijote se refiere varias veces al autor de su historia como un sabio encantador:

–Aún la cola falta por desollar –dijo Sancho–: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros

a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

–Yo te aseguro, Sancho –dijo don Quijote–, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir (Cervantes, 1615, II, 2: 57).

Donde don Quijote dice explícitamente que el autor de su historia es un encantador que puede ser amigo o enemigo y que su historia puede estar escrita para bien o para mal:

Pensativo además quedó don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir a que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamento las habrá dado a la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito, puesto –decía entre sí– que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandflocua, alta, insigne, magnífica y verdadera (Cervantes, 1615, II, 3: 58).

Más adelante, don Quijote sigue teniendo el temor de que su historia no esté escrita como él la imagina, que sus enemigos encantadores hayan transformado no solo su realidad, sino su historia:

–¡Que todavía das, Sancho –dijo don Quijote–, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran a tiro de ballesta su principalidad! Mal se te acuerdan a ti, ¡oh Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas y se sentaron a labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe [...]. Y desta manera debía de ser el de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener a mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y, así, *temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia.* ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho,

traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.⁸

–Eso es lo que yo digo también –respondió Sancho–, y pienso que en esa leyenda o historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros había visto debe de andar mi honra a coche acá, cinchado, y, como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles. Pues a fe de bueno que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado; bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco, pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos. Pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren (Cervantes, 1615, II, 8: 94)

Por si acaso, don Quijote nunca lee el libro.

Desde la aparición de Cide Hamete Benengeli en el capítulo 9 de la primera parte, el narrador, aquel que se dirige al “desocupado lector” en el prólogo, que podríamos establecer en la misma categoría del escritor, Cervantes, se pasa a otro nivel: la diégesis se convierte en metadiégesis.

–Y por ventura –dijo don Quijote– ¿promete el autor segunda parte?

–Sí promete –respondió Sansón–, pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y, así, estamos en duda si saldrá o no, y así por esto como porque algunos dicen: “Nunca segundas partes fueron buenas”, y otros: “De las cosas de don Quijote bastan las escritas”, se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos que son más joviales que saturninos dicen: “Vengan más qui jotadas, embista don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos”.

–¿Y a qué se atiende el autor?

–A que –respondió Sansón– en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego a la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue que de otra alabanza alguna.

A lo que dijo Sancho:

–¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren. Atienda ese señor moro, o lo que

8 Este encantador envidioso no es otro que el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordecillas y autor del Segundo tomo del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* publicado en 1614. Es gracias a este encantador y a que dice conjuros como el de que Cervantes “tiene más lengua que manos” (Fernández de Avellaneda, 1614: 6) que existe el libro que estamos analizando.

es, a mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio a la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pie al herrar y verá del que cosqueamos. Lo que yo sé decir es que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros (Cervantes, 1615, II, 4: 68-69).

El sabio encantador que tiene a su cargo la historia está buscando la historia que aún está por crearse, la ficción por hacerse que es precisamente esta en la que están hablando de ella.

Pero con lo que dice Sancho y la alusión no muy velada al *Quijote* de Avellaneda, inaugura un nivel más, que hacia el final de la obra será muy importante: el nivel de la realidad cultural y editorial histórica de 1615, en la que ha salido un libro que plagia y contrahace (como a Dulcinea) a los personajes de Cervantes.

Por eso, Cervantes delega en su personaje la tarea de registrar, ante notario, su propia autenticidad; cuando de regreso a su pueblo se encuentra con el personaje ficticio de la otra historia, Álvaro Tarfe, amigo de su contrahechura igualmente ficticia, don Quijote lo obliga a jurar que él y solo él es el verdadero personaje ficticio, es “el bueno”, el de la historia escrita por Cide Hamete, el de Cervantes.

5. CODA

A cada tramo de los desdoblamientos de la historia aparecen los encantadores, con cuyo poder Cervantes y otros escritores del siglo XVII comparten su espacio con don Quijote, y este con sus admirados caballeros andantes en una misma y sola aventura, nunca antes vista, que es el *Quijote*.

Quise empezar este trabajo con el poema de Borges porque precisamente evoca la naturaleza autorreferencial que predomina en la segunda parte del *Quijote* y al mismo tiempo alude a la intervención de los hechiceros en este juego de paradojas. A partir de las vanguardias de principios del siglo XX —o poco antes, con la “nivola” de Miguel de Unamuno, *Niebla* (1914)— la estructura abismada fue uno de los recursos experimentales, “novedosos”, que practicaron los autores más audaces. Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Vicente Leñero, entre muchos otros, lograron algunas de sus mejores obras jugando con esta estructura. Los encantadores de Cervantes se transformaron, se actualizaron y se metieron, disfrazados, en la literatura moderna.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Aut.= *Diccionario de autoridades* (1732), *Nuevo Tesoro lexicográfico de la lengua española*. (26.02.2015) <http://goo.gl/RAzG7D>
- BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, A. (1959): *Filosofía del Quijote (un estudio de antropología axiológica)*. México, Espasa Calpe.
- BERISTÁIN, E. (1985): *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa, 2010.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. (1605): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha I*. MURILLO, L. M., editor, Madrid, Clásicos Castalia, 1978.
- (1615): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha II*. MURILLO, L. M., editor, Madrid, Clásicos Castalia, 1978.
- (1615): *Don Quijote de la Mancha*, RICO, F., coordinador, Barcelona, Instituto Cervantes / Crítica. Edición electrónica del Centro Virtual Cervantes. (10.02.2015) <http://goo.gl/kyVCjc>
- (1615). *Don Quijote de la Mancha*. RICO, F., México: Real Academia Española / Santillana, 2004.
- COVARRUBIAS OROZCO, S. (1611): *Tesoro de la lengua Castellana o española*. MALDONADO, F. C. R., editor, Madrid, Castalia, 1995.
- MARÍN PIÑA, M. C. (1998): “Motivos y tópicos caballerescos”, Apéndice. RICO, F., coordinador, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Instituto Cervantes / Crítica. Edición electrónica del Centro Virtual Cervantes. (10.02.2015) <http://goo.gl/kyVCjc>
- MURILLO, L. A. (1978): “Introducción”, CERVANTES, M.: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid, Clásicos Castalia, pp. 7-24.
- RICO, F. (1998): “Notas” a *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Instituto Cervantes / Crítica. Edición electrónica del Centro Virtual Cervantes. (10.02.2015) <http://goo.gl/kyVCjc>
- SCHÜTZ, A. (1955): “Don Quijote y el problema de la realidad”, *Dianoia*, vol. 1, núm. 1. México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Fondo de Cultura Económica, pp. 312-330.